

1.2.1. Cuerpos fragmentados*

*Jesús González Requena***

Vaciado de toda dimensión simbólica, el espectáculo televisivo se nos presenta como la emergencia de una mirada desimbolizada, desacralizada, como una mirada, en suma, radicalmente *profana*, vale decir, también, *profanadora*: tal es la mirada que ha emergido socialmente en el espacio de la pornografía.

* Tomado de González Requena, Jesús. *El discurso televisivo: espectáculo de la postmodernidad*. Madrid, Cátedra, 1988.

** Jesús González Requena es semiólogo y miembro de la revista *Contracampo*. Profesor del Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid.

Es concebible postular una rotunda diferencia entre el erotismo y la pornografía. El erotismo, como sabemos, está del lado del velo, del juego con una demora en la que un símbolo –estructurado en el juego de la presencia y de la ausencia– se invoca. El velo del que hablamos puede, sin duda, tener la forma de vestido, pero no es ello, en todo caso, lo importante: el erotismo permanece aún cuando cae todo vestido si el cuerpo se mantiene velado, si sigue habitado por un cierto misterio –la intimidad, con todas sus retóricas escenográficas, tiene también que ver con ello. Participa, por eso, el erotismo, de una relación sagrada con el sexo– la misma que hace posible el amor, es decir, el reconocimiento del otro como diferente, como no especular, como alguien que, por diferente, puede dar y recibir.

La pornografía, en cambio, se reconoce en la irrupción de una *mirada profanadora*: inscrita toda ella en el ámbito de lo imaginario, en una pulsión de ver hasta el final –de devorar con la mirada– no acepta pues ningún límite, no reconoce ningún misterio, nada sagrado ante lo que la mirada deba cesar –pues no acepta, después de todo, diferencia alguna con el objeto de su mirada. El otro, pues, no es reconocido como ser –diferente–, sino tan sólo como objeto de apropiación especular.

Sabemos cuál es el resultado, su punto de llegada; el cine pornográfico, el llamado *porno duro* –cuyo nacimiento es simultáneo al de la televisión, aún cuando nadie parece haber querido reparar en ello– lo atestigua sobradamente: la pulsión escópica, no retenida desde lo simbólico, en su ansia incontrolada de ver, trocea el objeto de su mirada en una insistente sucesión de planos detalle que fragmenta el cuerpo hasta el límite mismo de su irreconocibilidad. Límite que, al ser alcanzado, se traduce en la descomposición de toda configuración –de toda *gestalt*– imaginaria: en el punto de llegada, los planos detalle de los genitales se descubren por ello, necesariamente, teratológicos. Ausente el símbolo y roto el espejo, en el ámbito de una experiencia de corte propiamente psicótico, lo real en su aspecto más siniestro –ausente de toda estructuración simbólica y de toda configuración imaginaria– emerge finalmente como algo exterior a todo sentido y a todo deseo.

La incompreensión de la novedad del fenómeno pornográfico de nuestro tiempo se ha debido, quizás, a ese prurito culturalista que ha llevado a situarlo en continuidad con una cierta tradición de la

literatura llamada pornográfica. Se olvida, así, que esta novedad se halla necesariamente vinculada a su carácter visual, a la irrupción violenta en la historia del hombre de ese artefacto llamado fotografía.

El plano detalle del sexo femenino –pues el masculino, como recordara Lacan, facilita ser reconocido desde lo simbólico– que nos ofrece la pornografía fotográfica es, en este sentido, ejemplar: se sitúa ante la mirada del sujeto y a la vez, en su irreconocibilidad, rechaza toda mirada. Ninguna otra cosa podía suceder a un sujeto que, olvidando que el problema de la verdad sólo puede ser formulado en lo simbólico, ha tratado de resolverlo, narcisísticamente, en el ámbito de la mirada.

No es pues casual la contemporaneidad de la televisión y la pornografía: fragmentación, carencia de clausura, predominio del espacio *off* heterogéneo, abolición de la narratividad...

Y es que no es posible un relato que tenga al sexo por objeto. Sin duda, el encuentro sexual de dos cuerpos puede constituir alguno de los núcleos del relato, pero siempre a condición de que ese encuentro informe de cualquier otra cosa que no sea él mismo. Y a condición, por tanto, de que el relato encadene otros encuentros que no sean, o no sean tan sólo, sexuales. En otros términos: es necesario que esos cuerpos no sean sólo cuerpos, sino también, y sobre todo, personas, personajes (sujetos, por tanto, no sólo a su encuentro sexual, sino a un orden, a una ley social cualquiera). De lo contrario el relato no es posible porque el sexo, por sí solo, no conduce a ningún sitio, rechaza toda representación teleológica: el deseo, cuando no puede ser inscripto en una perspectiva simbólica, cuando sólo moviliza cuerpos en el espejo, sólo puede rebotar incesantemente.

En el film pornográfico ni siquiera la eyaculación permite una clausura de la cadena sintagmática que haga posible el fin, el relato, la historia. Al carecer de punto final, la representación del sexo –como el culebrón, como el espectáculo televisivo en su conjunto– se reproduce indefinidamente hasta agotar todas sus posibles variaciones sintagmáticas. Pero entonces la cadena sintagmática se ha convertido en puntillosa exposición de su paradigma (y esto no tarda en suceder, pues de sobra sabemos lo limitado de su código). Por lo demás, cuando el paradigma ha sido agotado, tampoco el discurso encuentra un fin natural: se han agotado todas sus variantes, pero nunca el deseo –que sigue rebotando entre los espejos– y por tanto éstas pueden repetirse indefinidamente.

El film o la fotografía pornográfica conducen pues, necesariamente, a la construcción de una *escena delirante, desnarrativizada y descontextualizada* en la que el cuerpo, vaciado de todo secreto, rota toda intimidad, es incesante e indefinidamente *fragmentado, troceado* para (y por) una mirada devoradora que lo observa desde el contracampo heterogéneo.

Cuerpos fragmentados, en: Flavia Puppo, Ed: Mercado de deseos. Una introducción en los géneros del sexo, La Marca, Buenos Aires, 1998.

www.gonzalezrequena.com